

ma; y no está mal que así piense si construye una presa, un dique, un canal, muchos puentes, un sifón, un drenaje, un túnel y tantas obras más de la especialidad exclusiva del ingeniero; pero estoy seguro que el sector de los constructores-artistas que le escucharon, alguno tan directamente aludido como yo en la conferencia—me refiero al arquitecto Bellido, que acaba de ingresar en la Academia de Bellas Artes de San Fernando—, pondrá serios reparos a la indicada afirmación.

No se resignarán tan fácilmente los constructores dotados de sensibilidad artística a que el arte actual de la edificación se industrialice hasta el punto de cerrar el paso a todo idealismo, que a esto equivale transformar totalmente el arte de construir en una industria.

Es indudable que éste es un mal del tiempo en que vivimos, tan docto, que la inteligencia desea invadir el campo de la sensibilidad; pero, en vez de fomentar y aplaudir el hecho de que el obrero mate al artesano, debemos combatirlo.

En la vida del hombre se hallan en perpetua pugna lo real y lo ideal; armonizar ambas tendencias de nuestra naturaleza, hasta llegar a un justo equilibrio, será lo sensato.

No se debe prescindir en los edificios del empleo de materiales preciosos, que reciban el trabajo adecuado a su valor, manteniendo así encendida en el altar de la belleza la lámpara del sacrificio, como dice Ruskin, sin ostentación ni derroche, y el mismo Ribera, en el curso de su conferencia, y en su intensa vida profesional, ha rendido perpetuo homenaje a la belleza, imponiendo en las obras que lo requerían los sacrificios necesarios, como ofrenda a tan excelsa cualidad en las creaciones del hombre.

Y no se diga que en la casa barata, a la que preferentemente alude Ribera, y en el empleo del hormigón, material pobre, no caben filigranas artísticas. En la Naturaleza, las flores más humildes son las de más fino aroma y más delicados colores; en Poesía, los cantares y leyendas populares son los más bellos; en el vestido humano, lo pintoresco y gracioso se encuentra en las prendas del pueblo. Se podrían multiplicar los ejemplos. Y si la casa ha de ser propia, como con alto sentido humano proclama Ribera, ¿por qué no ha de ser intensamente bella, ya que, en definitiva, la casa es el ropaje, la vesti-

dura de la familia? Así se le llama en algunos cantos orientales a la tienda del nómada, que, aunque todavía no es la casa fija, es, por lo menos, la que confina un espacio en que la familia se abriga; y, como dice nuestro gran filósofo Ortega Gasset: «No hay casa mientras no hay emoción de un interior, de un dentro frente a un fuera. La casa por excelencia, que es la inglesa, se llama *home*, vocablo donde queda reunido el encanto cálido, intenso, seguro de la atmósfera interior.»

Toda esta emoción que la idea de casa encierra, hay que proyectarla en el edificio destinado a vivienda, por barato que sea.

Así piensa también Ribera cuando, al hablar en su conferencia del efecto poco satisfactorio que le produjo la desnudez de las construcciones de cemento de la última Exposición de Londres, que, «como las personas, necesitan adornarse y cubrirse», llama a ceramistas, pintores, estuquistas, moldeadores, mosaístas, repujadores, etc., o sea a todo el numeroso y variado ejército de artífices, para que alegren el edificio, despojándolo de la aridez de la obra exclusivamente constructiva, y la materia vivificada por el artista nos sonría con el encanto de la belleza.

Seguramente no se ha olvidado Ribera, al pensar en estos problemas, de lo que en la misma época aprendimos en la Escuela de Caminos, al consultar el clásico *Tratado de Arquitectura* de Leoncio Reynaud, donde dice así, al empezar uno de sus admirables capítulos:

«La decoración es en el arte lo que el placer en la vida. No es su objeto, no debe dominar; pero es preciso que le acompañe. No hay edificio, por severo o sencillo que sea, que no reclame algunos ornamentos, del mismo modo que no hay existencia tan austera que no se amenice con algunos instantes de alegría.»

Y añadido por mi cuenta que la construcción más lógicamente concebida y con más sinceridad ejecutada puede resultar brutal y prosaica. Poetizarla, alegrarla es el fin de la decoración y la ornamentación, que juegan el mismo papel en las construcciones, que la forma poética en el lenguaje.

Con estas aclaraciones, no rectifico el pensamiento de Ribera: me limito a poner algunas de sus palabras de acuerdo con lo que él mismo dice, con gran elocuencia, en el curso de su conferencia.

Vicente MACHIMBARRENA

Crónica

Hormigón armado. - Conferencia de D. Alfonso Peña

Por premuras en la composición de nuestro número pasado, no pudimos dar cuenta de la notabilísima conferencia que el día 12 del pasado mes, pronunció el joven y notable profesor de la Escuela de Caminos, don Alfonso Peña, en la Exposición de la Construcción, ya clausurada.

La disertación fué una verdadera joya; plena de tecnicismo, de experiencia, que dicha con la sencillez y seguridad del que es maestro en toda la acepción de la palabra, llegó íntegramente al auditorio, que tan heterogéneo, puso a prueba las grandísimas dotes de conferenciante que posee Alfonso Peña.

Hizo la presentación, con un elocuente discurso, el presidente de la Sociedad Central de Contratistas y Aparejadores, D. José Sánchez Conesa.

Con fogosidad de palabra el Sr. Sánchez Conesa hizo un elogio de los ingenieros de Caminos, a los que agradeció la colaboración que han prestado al Comité de la Exposición en el pequeño curso de conferencias desarrollado y agradeció asimismo la concurrencia de los distintos elementos que acudían a prestar su atención a este acto.

Se reparte con este número de la REVISTA el texto íntegro de esta conferencia, lo que nos evita hacer un extracto de ella.